

RELATOS DE LA CRISIS: La biblioteca

El sindicalista romántico

“Olor a pino y a lejía, aburrimiento y desesperanza, como siempre...”, se dijo Pedro entrando en la biblioteca de su pueblo situado en el cinturón de Granada. Saludó a la joven bibliotecaria y se sentó junto a la ventana después de coger el diario local.

Miró el reloj del móvil, su compañero Alejandro solía llegar antes que él pero su silla estaba vacía. Comprobó que este no estaba tras las estanterías repletas de libros, se encogió de hombros y dio un hondo suspiro. Las mañanas se hacían eternas. Desde que su empresa quebró tres años atrás no había vuelto a trabajar ni un día. Era un buen mecánico de máquinas de impresión pero el antiguo negocio de las imprentas estaba herido de muerte. “Cada vez menos encargos...”, se quejaba su jefe en los últimos meses de vida de la empresa. “¡Qué angustia!”, clamaba desolado, “Ni los clientes de toda la vida llaman, estamos condenados al cierre”. Aguantaron como pudieron, sin cobrar la nómina y trabajando por debajo de costo, pero el fatídico día llegó. Unos tipos encorbatados con cara de pocos amigos acompañados de la policía embargaron las máquinas y el local. En menos de lo que dura una mañana Pedro, Alejandro y el resto de compañeros acabaron en la cola del paro.

Los meses que duró la prestación fue tirando, reduciendo gastos en todo lo que podía, esperando que apareciera otra oportunidad que nunca llegó. Pasaron dos años y luego sólo le quedó la ayuda de los cuatrocientos euros. No volvieron encender los calefactores eléctricos, compraban la comida justa para subsistir, y las tiendas de ropa simplemente no existían. La miseria fue ahogando los pocos espacios de alegría que quedaban en casa. Pedro se tapó la cara con las manos intentando ahogar los pensamientos que lo torturaban a todas horas y abrió el periódico para escapar de su mundo unos minutos. Alejandro entró en ese momento cabizbajo, se sentó pesadamente enfrente de su amigo.

-¿Cómo te fue ayer? –preguntó Pedro sin quitarle la vista de encima.

-Fatal –replicó con tono cortante, tragando saliva con dificultad-. Llevaba respuesta para todas las preguntas que pudieran hacerme sobre mi experiencia como vendedor

EL DARD

Octubre 2016

Nº 1

pero lo primero que querían saber era mi edad. En cuanto lo dije se acabó la entrevista. –Abrió un periódico de mala gana-. Te lo vuelvo a repetir, Pedro: los mayores de cincuenta estamos acabados. Somos escoria que sobra y si los gerifaltes de arriba pudieran nos echaban al mar para ahorrarse los cuatrocientos euros que nos dan para que malvivamos.

-Pero... ¿ya está? ¿Así fue? ¿Te dijeron que te fueses después de saber tu edad?

-Sí, lo de siempre. Dijeron que están buscando un candidato más joven para ese perfil. ¡Una mierda! ¡Estoy harto, vivimos como miserables! Joder que venimos aquí porque no podemos pagar ni un maldito café en el bar de enfrente.

-¿A mí me lo cuentas? Yo era el que tomaba mucho café, ¿no recuerdas que me lo quitaron por la tensión? La verdad es que ahora un euro y diez es toda una fortuna. Da para comprar tres barras de pan y comer un día entero si te lo montas bien. Yo cené pan mojado en leche casi todas las noches, el día que puedo tomar pan y aceite es una fiesta. –Pedro entornó los ojos y perdió la mirada por la ventana buscando los recuerdos de otro tiempo-. Y pensar que de niño merendaba lo que quería... No éramos ricos pero teníamos para comer, mi padre era agricultor y no faltaba la comida. ¡Qué años...!

-¡Déjalo ya, no empieces! –interrumpió Alejandro-. ¡Tiene cojones, todos los mecánicos erais unos románticos! Mangasteis demasiados libros de poesía de los que imprimíamos.

-Alejandro, tío, recordar es lo mejor que podemos hacer. Los buenos recuerdos son lo único que nos queda que merezca la pena.

-Lo sé. Perdona, es que me llevan los demonios –replicó moviendo la cabeza confundido-. No termino de creer lo que me está pasando. Estoy condenado al paro por tener más de cincuenta. Te dicen tantas veces que no, que te quitan la dignidad. ¡Con lo que hemos sido nosotros!

-Yo lo que peor llevo es desfilar todos los días con la familia a la hora de comer para ir a caritas –señaló con el dedo hacia el pasillo y añadió-: La gente dice: ¡mirad, ya van los pobres al comedor social!

Alejandro se rascó las sienes con fruición.

EL DARD

Octubre 2016

Nº 1

-Lo del comedor me mata, es como pregonar por todo el pueblo que estás en la miseria. ...Y no tendría que ser así porque quiero trabajar pero no puedo. ¡Maldita sea, nadie me da trabajo!

Pedro asintió con la cabeza.

-¡Quien pudiera volver a los tiempos de nuestros padres! El que quería trabajar podía hacerlo para tener esperanza de mejorar.

-¡Ja! “Esperanza” ¡Vaya palabra! Parece que no existe para nosotros, y lo peor es que me estoy dando cuenta de que es lo que más necesito ahora mismo.

Unos opositores que habían entrado a la vez que Alejandro protestaron por el ruido de la conversación y la bibliotecaria, cómplice en más de una ocasión con los dos compañeros, hizo un chasquido con la lengua pidiendo silencio. Cruzaron la mirada con ella y les guiñó un ojo sonriendo.

-¡Qué buena chavala! –susurró Pedro devolviéndole la sonrisa-. Me alegra la mañana con su simpatía.

-Bueno, toca leer, que ya no se puede hablar –susurró Alejandro poniéndose la mano en la boca-. ¿Qué tienes tú ahí?

-En la primera página un político corrupto, a ver... parece que se ha llevado varios millones en comisiones, tiene pinta de que va a la cárcel. Y hay una empresa de esas de Internet que va a comprar otra por una barbaridad de millones. –Levantó la vista y sentenció-: Tantos millones de aquí a allá y nosotros nos conformamos con dos euros veinte para un café, ¿eh?

-¡Calla, calla! No me calientes la boca. Fíjate como estamos y estos ladrones de guante blanco se van cargados de millones, y aunque vayan a la cárcel no devuelven ni un duro.

-Coño y no paran de salir, todos los días uno nuevo... En 2010 media España pasamos de ricos a pobres y seis años después seguimos todos igual o más pobres, pero estos viven a cuerpo de Rey.

-Oye, ya son las dos, hay que irse –Alejandro zarandeó a Pedro que estaba absorto leyendo una novela que había secuestrado del estante de novedades.

Pedro se puso en pie y recogió.

EL DARD

Octubre 2016

Nº 1

-Bueno, -dijo subiéndose los pantalones- un día menos.

Alejandro lo miró confundido.

-¿Un día menos para qué?

-Para lo que sea, qué más da.